

SE *Dice* DE MÍ

Todos los sábados
6:00 P.M.

LA VIDA SECRETA
DE LOS FAMOSOS
AL DESNUDO.

f /CaracolTV @caracoltv @caracoltv www.caracoltv.com

Vivir



MARÍA
PAULA
RUBIANO

mrubiano@elespectador.com
@pau_erre

Alejandro Gaviria lee. En sus entrevistas —y esta no es la excepción— Gaviria no puede evitar hablar de esos objetos —los libros— que lo han acompañado desde siempre y han marcado su entendimiento de la vida, la humanidad y los problemas del mundo. Su más reciente libro, *Siquiera tenemos las palabras*, es un compendio de reflexiones inspiradas por las lecturas de Gaviria, hoy director del Centro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de América Latina y el Caribe.

Los textos hablan sobre la época que nos tocó vivir: “Inquietante y contradictoria”, en palabras del exministro de Salud. *El Espectador* habló con él sobre sus planteamientos frente a lo que denomina la lucha fundamental de nuestra era: la crisis ambiental y su relación con los derechos humanos.

Estamos ante una crisis de la confianza del público en el método científico: los movimientos antivacunas se propagan, el negacionismo del cambio climático se apodera de presidencias en todo el mundo. ¿Cómo explicar ese escepticismo, en un mundo que depende cada vez más de objetos creados, precisamente, gracias al pensamiento científico?

El mundo de la tecnología y de la ciencia es incomprensible para la mayoría de la gente. Además, está traspasando muy rápidamente algunas fronteras éticas; lo hemos visto recientemente con la edición genética. Todo esto ha generado una gran desconfianza, una tremenda aprehensión. Si a eso le sumamos los cambios tecnológicos, que permiten expandir mentiras y falsedades con una eficacia inusitada, estamos sin duda ante un asunto complejo.

Me gustaría conocer un poco más a fondo sobre el proceso de escritura de los últimos dos ensayos del libro, en los que presenta dos visiones enfrentadas sobre el cambio climático: una pesimista, y otra de optimismo moderado.

Escribí el primero, el pesimista, después de leer un libro fascinante, pero absolutamente aterrador de William T. Vollman, *No Immediate Danger*. Dice Vollman que ya el daño está hecho, que la humanidad debería dedicarse por lo tanto a escribir su carta de suicidio. El segundo ensayo es una respuesta a



“Siquiera tenemos las palabras” es el tercer libro de Alejandro Gaviria. /Archivo El Espectador

El libro de Gaviria fue publicado por la editorial Planeta

“Las instituciones globales son insuficientes”

El exministro de Salud, Alejandro Gaviria, habla sobre las ideas que presenta en su más reciente libro frente a la crisis ambiental a la cual se enfrenta la humanidad.

ese pesimismo. Huxley fue al final de su vida un optimista. Creía en los milagros de la tecnología, pero sí en la maleabilidad del pensamiento humano.

En el ensayo pesimista sobre el cambio climático, una carta dirigida a una bisnieta en el futuro, dice que esta crisis ambiental es producto de “problemas esenciales de la especie”. ¿No es una forma de “lavar” las culpas de los poderes a los que no les interesa cambiar nuestro sistema productivo?

Es una forma de mostrar otra arista del problema, la dimensión antropológica. Tómese, por ejemplo, el problema de la calidad del aire en las ciudades: este no es solo un problema de los fabricantes de buses o de las compañías petrole-

ras; es un problema de todos, de nuestras costumbres y modos de vida. Si algo no cambia en nuestras preferencias y en nuestra conciencia ecológica, va a ser muy difícil resolver el problema.

En el mismo ensayo le dice a esa bisnieta imaginada que la humanidad fue incapaz de poner de acuerdo a las instituciones, las leyes y la moralidad. De estos tres elementos, ¿cuál cree que es el que más está fallando para resolver la crisis ambiental global?

Hay dos problemas traslapados: las instituciones globales como existen hoy en día son insuficientes, son muy buenas para redactar manifiestos grandilocuentes, pero muy malas para hacerlos cumplir. Las Objetivos de Desarrollo Soste-

nible, por ejemplo, son voluntarios. Si no se cumplen, nada pasa.

El otro problema es la justicia climática: no hay un acuerdo global sobre quién debería pagar por los costos del ajuste. Nadie quiere ceder. Sabemos, eso sí, que el cambio climático afecta más a los países más pobres. El cortoplacismo político y la falta de legitimidad parecen conspirar contra la necesidad de una justicia climática.

En el ensayo que cierra el libro reflexiona sobre un lugar utópico creado por Aldous Huxley en su novela “La isla”. En el texto expone algunos de los puntos básicos de la educación en esa utopía. De esas enseñanzas, ¿cuál cree que es más urgente que aprendan los colombianos?

“El problema de la calidad del aire en las ciudades no es solo un problema de los fabricantes de buses; es un problema de nuestras costumbres y modos de vida.”

Hay una frase de Huxley reproducida en el libro que dice así: “[debemos] enseñarles a los niños a no tomarse las palabras muy en serio, a analizar cualquier cosa que oigan o lean —eso es parte integral del plan de estudios. Resultado: cualquier hablantinoso, como Hitler o el coronel de la isla vecina, no tiene ninguna oportunidad aquí en Pala”. Esa frase es relevante en la Colombia de hoy.

En otro ensayo reflexiona sobre cómo la prensa suele ocuparse de los hechos que, en el fondo, no son realmente importantes. Sin embargo, hoy los medios deben cubrir el cambio climático, tal vez la batalla más importante que ha dado la humanidad. ¿Cómo cree usted que el periodismo debe cubrir una lucha de esta magnitud?

Hemos sido capaces de documentar el problema, pero los cambios han sido muy lentos. Me gusta la insistencia de Borges en el pudor de la historia, esa idea de que los puntos de quiebre no debemos buscarlos en los estruendos del presente (en las frases de los políticos o en las leyes y sentencias), sino en asuntos en apariencia triviales. La sobreestimación de la política electoral es uno de los males del periodismo. Hoy y siempre.

En el ensayo “George Orwell en Colombia, circa 2084” usted imagina un futuro distópico para Colombia en el que se realizan controles de población. ¿Qué observa en el carácter de los colombianos que lo lleva a imaginar ese futuro posible?

Ese ensayo llama la atención sobre los peligros del ecoautoritarismo, sobre las posibles tensiones entre los derechos humanos, de un lado, y las políticas de sostenibilidad, del otro. Quise que sucediera en Colombia por nuestro sesgo legalista, por la manía que tenemos de convertir los grandes dilemas sociales en discusiones legales, formalistas, instrumentales. Hay una ironía en ese ensayo, el lenguaje es el de los derechos humanos, pero todo apunta a una solución terrible al problema del cambio climático.